

Guinea Ecuatorial frente al espejo de los colonizadores: libros de exploración y viaje a la Guinea Española (ss. XIX-XX)

Alberto ESPARZA HUETO, Bata

Resumen:

Este trabajo tiene tres objetivos principales. El primero, examinar la literatura de viajes a la Guinea Española para entender el contexto en el que surge la literatura hispanoaficana de Guinea Ecuatorial y reivindicar la importancia de esta última dentro de la literatura de lengua española. El segundo, averiguar si los libros de viaje a la colonia ayudan a entender la idiosincrasia del sistema colonial español en África Central y a descubrir cómo era la interacción con los nativos y con el entorno natural. El tercero, entender las motivaciones de los autores coloniales para escribir estos textos, descubrir sus temas de interés y medir el papel que juega en cada obra la autorrepresentación del *yo* viajero.

Palabras clave: Guinea Ecuatorial, Literatura colonial, Libros de viajes, Manuel Iradier, José Más Laglera, Joaquín Rodríguez Barrera, Emilio Guinea, Bartolomé Soler.

1. Introducción: Guinea Ecuatorial, la hispanidad olvidada¹

La relación entre España y Guinea Ecuatorial puede definirse como “la crónica del fracaso, de la impotencia y del desinterés” (Castro Antolín/Ndongo-Bidyongo/Martínez Carreras 1998: 1). Pese a los casi doscientos años de presencia colonial y a tratarse del único país africano cuya lengua oficial es el español, Guinea Ecuatorial es la nación más olvidada del ámbito de influencia hispánico. La indiferencia respecto a este pequeño Estado contrasta con la importancia cultural que representa para la hispanidad, pues Guinea “es uno de los vértices del triángulo afro-hispano-americano que compone la geografía lingüística de la lengua española” (Ndongo-Bidyogo 2020: 4). Lo propio ocurre con la literatura hispanoaficana, entendida en este estudio como aquella

¹ Este artículo es una versión modificada y ampliada del Trabajo de Fin de Grado de Filología Hispánica que el autor defendió en mayo de 2020 en la Universidad de Navarra y que fue dirigido por el catedrático de Literatura D. Miguel Zugasti Zugasti.

de origen africano que se expresa en lengua española y que tiene en Guinea su mejor paradigma.

Para incorporar la literatura de Guinea Ecuatorial –y de otras regiones tradicionalmente obviadas– a los estudios sobre el español en el mundo, se ha propuesto recientemente el concepto de ‘hispanofonía global’ o *global hispanophone*, que agrupa las manifestaciones culturales en lengua española que desbordan las limitaciones del continente americano o de la península ibérica:

This rubric (Global Hispanophone) comes to incorporate the cultures and historical experiences of North Africa, Equatorial Guinea and the Philippines, among others geographic entities: all territories that were once bound by the Spanish Empire, particularly as it existed beyond Latin America, the Caribbean and the Iberian Peninsula Itself. (Campoy-Cubillo/Sampedro Vizcaya 2019: 1)

La historia de la colonización de Guinea es un prelude del abandono que después ha sufrido en el imaginario colectivo. El periplo europeo en el Golfo de Guinea comenzó en 1472, cuando el portugués Fernão do Pó descubrió una isla de color esmeralda a la que llamó Formosa, después rebautizada en su honor como Fernando Póo y conocida hoy como Bioko. Durante los años siguientes, Fernão do Pó y Lope Gonsálvez recorrieron la costa africana adyacente y fundaron un territorio colonial desde la desembocadura del río Níger hasta la del río Ogüie, en el actual Gabón. La Corona de Portugal aún sumó un dominio más: la isla de Annobón, hallada en 1475. Portugal mantuvo la soberanía sobre estos territorios sin ejercer un control efectivo y en 1778 los cedió a España en virtud del Tratado de El Pardo.

Entre 1778 y 1843 las posesiones fueron nominalmente españolas, pero sin presencia ni dominio real. Tal fue la desatención que Gran Bretaña se estableció en Fernando Póo en 1827, donde fundó comercios, misiones protestantes y hasta la primera ciudad, Clarence City, convertida después en capital colonial con el nombre de Santa Isabel (hoy, Malabo). En 1841, España acordó vender la isla a Inglaterra por 60.000 libras. La oposición de la opinión pública frenó la transacción y obligó al Gobierno a reafirmar su soberanía en Guinea, pero el interés se desvaneció pronto.

Solo tras el Desastre del 98 redobló España sus esfuerzos por afianzar el control, pero llegó tarde y débil ante otras potencias. El Tratado de París de 1900 redujo las fronteras de la Guinea Española continental a 26.000 kilómetros cuadrados de los 300.000 que España reivindicaba. La extensión de la co-

lonia, similar a la de Galicia, quedó constituida por poco más de 28.000 kilómetros cuadrados entre la región continental (26.000 km²), Fernando Póo (2.017 km²), Annobón (17 km²) y las islas costeras de Corisco, Elobey Grande y Elobey Chico (19 km² en total).

Las décadas entre 1900 y 1968, año de la independencia, representaron una “rápida colonización [...] principalmente en los aspectos político-social, y agrícola, industrial y comercial” (Castro Antolín/Ndongo-Bidyongo/Martínez Carreras 1998: 152). Durante ese tiempo, y en especial hasta la conversión de los territorios en provincia (1958) y en autonomía (1964), se estableció un régimen equiparable al *apartheid* sudafricano, con espacios y productos reservados para blancos y una relación de subordinación entre el jefe-blanco y el siervo-negro de la que solo escapaban los ‘emancipados’, condición que las autoridades dispensaban a los nativos con cierto grado de aculturación occidental y que los igualaba parcialmente al blanco.

Así lo señala Raúl Sánchez Molina:

La política indígena española [...] tuvo significativas similitudes con el *apartheid* sudafricano en dos aspectos importantes. En primer lugar, en cuanto que el elemento que interviene para establecer la división de la población de la colonia se fundamenta en los mismos supuestos biológicos que la Ley de Población (Population Act), reduciendo a todos los africanos a una categoría racial inferior [...]. Y en segundo lugar, en cuanto que a través de generalizaciones supraétnicas se abstraen las diferencias socio-culturales de las distintas poblaciones de las colonias; enajenándolas de sus derechos fundamentales de origen. (2002: 117)

La independencia se acordó para el 12 de octubre de 1968, fecha simbólica que pretendía sentar un buen precedente para unas relaciones bilaterales que pronto se truncaron. Cincuenta años después, la historia entre la República de Guinea Ecuatorial y España sigue siendo la crónica de un desencuentro.

Todo ello a pesar de que el pueblo guineoecuatorial nunca ha dejado de mostrar afinidad por el ámbito hispánico frente a la realidad lingüística de sus países limítrofes y a que su literatura nacional, aun ignorada por el público lector hispano, siempre se ha expresado en español.

Antes del nacimiento de esa literatura nacional, los primeros libros que hablaron sobre el territorio de la actual Guinea Ecuatorial en la lengua de Cervantes fueron los producidos durante la colonización española, cuyo comienzo en el siglo XVIII constituye el momento histórico a partir del cual se puede estudiar a Guinea como parte de la ‘hispanofonía global’:

The historical connections underlying the roots of the Global Hispanophone can arguably be traced as far back as the period between the seventh and tenth centuries in the case of North Africa, the sixteenth century in the case of the Philippines and the eighteenth century in the case of Equatorial Guinea. (Campoy-Cubillo/Sampedro Vizcaya 2019: 5)

Para rastrear ese origen, este trabajo se propone estudiar cómo se manifiesta el género específico de la literatura de viajes en las obras de cinco autores coloniales que, en distintos momentos de la historia, viajaron al territorio de la Guinea Española. A través de su análisis, se pretende entender la mirada que la metrópoli dirigió a su colonia centroafricana y que determinó algunos de los prejuicios y condicionantes con los que fueron percibidos los primeros escritores autóctonos. Dentro de esa mirada, se hace especial énfasis en cinco parámetros desde los que se analiza cada uno de los cinco libros: el propósito y la motivación del viaje y de la obra, la autorrepresentación del *yo* viajero que proyecta el autor, la percepción de la empresa colonial, la imagen que se construye del nativo y el papel de la naturaleza. La selección de los cinco títulos ha seguido criterios cronológicos y de popularidad e influencia sobre la sociedad del momento que se desarrollarán en el apartado tercero, donde se describe el corpus de este trabajo.

2. Los libros de viaje en la literatura hispanoaficana

Existe cierto consenso en emplear el marbete ‘literatura hispanoaficana’ para referirse a la literatura escrita en español por autores africanos (así lo hacen, entre otros, Patricia Arroyo Calderón y Landry-Wilfrid Miampika desde la presentación del volumen *De Guinea Ecuatorial a las literaturas hispanoafricanas* de 2010).² Dentro de esta, el caso paradigmático es la literatura de Guinea Ecuatorial, que, por tratarse del único país del continente cuya lengua oficial es el español, supone un terreno más fértil para la producción literaria que otras comunidades hispanohablantes de la región.

Desde y sobre Guinea Ecuatorial han escrito fundamentalmente dos tipos de autores: guineanos y españoles. Los primeros han conformado propiamente la literatura guineoecuatorial, que conoció una etapa previa a la independencia y otra posterior a 1968. En esta etapa previa, las dos obras fundacionales, *Cuando los combes luchaban* (1953), de Leoncio Evita Enoy; y *Una lanza por el boabi*

² Otros investigadores prefieren términos alternativos, por ejemplo, ‘literatura africana de expresión castellana’ (Ngom 1993).

(1962), de Daniel Jones Mathama, se escribieron bajo la marcada influencia de la mentalidad colonial española, como señala aquí Odartey-Wellington:

A diferencia de sus vecinos, no se desarrolló en la Guinea Ecuatorial colonial una importante literatura anticolonial. Es muy llamativo que en el umbral de la independencia del país, las dos novelas atribuidas, hasta esas fechas, a africanos de la región se escribieran desde la perspectiva de los colonizadores. Me refiero aquí, como es sabido, a *Cuando los combes luchaban* (1953) de Leoncio Evita Enoy y *Una lanza por el Boabi* (1962) de Daniel Jones Mathama. (2014: 763)

Odartey-Wellington atribuye esta particularidad al “hecho de que los escritores africanos fueron formados en un sistema educativo rígidamente católico” cuyos “modelos literarios fueron predominantemente religiosos y coloniales” (2014: 769).

Esos modelos a los que hace referencia Odartey-Wellington son los textos de los colonizadores españoles, que anteceden a la literatura guineoecuatorial e influyen notablemente en sus primeras producciones. Por consiguiente, este artículo se centra en la literatura colonial española que pone el foco de interés en el ámbito guineano. En concreto, abordaremos el género de los libros de viaje por tratarse de la primera, más fecunda y más representativa variedad de la literatura colonial española en Guinea, como afirma Carrasco González y recoge Clarence Mengue: “La literatura española [...] empezó a hablar de Guinea a partir de la segunda mitad del siglo XIX con libros de viajes, recuerdos o memorias sobre la colonización” (2014: 27). Distinguímos aquí entre libros de viaje, género literario de tipo narrativo, y las memorias descriptivas, también basadas en viajes pero que conforman textos expositivos y no literarios. La literatura de viajes a Guinea, producida “por españoles directa o indirectamente relacionados con la colonización” (Bolekia Boleká 2005), tenía un objetivo común:

[Presentar] el ‘primitivismo’ o salvajismo de los guineoespañoles para deleitar a los lectores de la metrópoli española y justificar así la empresa colonial en aquellas tierras negras e ‘inhóspitas’, siempre desde los cánones religiosos y desde la misma superioridad cultural relativa del blanco. (Bolekia Boleká 2005)

En consecuencia, su estudio también permite conocer de primera mano la idiosincrasia del sistema colonial español en África Central.

Los libros de viaje son “un género narrativo inspirado en la experiencia del viaje” donde “los autores describen sus experiencias o vivencias y las dificultades halladas en la tierra ajena” (Mengue 2014: 36). Llosa Sanz, citando a Carrizo Rueda, complementa así esta aproximación al género:

Carrizo Rueda (1995) propone como característica definitoria del relato de viajes el bifrontismo entre dos aspectos siempre presentes en este género: el documental y el literario, conectados por una dominante técnica descriptiva que es la que acaba por constituir y desarrollar un itinerario singular [...]. Esta aventura viajera se constituye por sí misma en ese seguir los pasos itinerantes de una a otra descripción, hasta construir una red de informaciones variadas y acciones diversas donde no importa tanto el desenlace como el desarrollo del relato. (2005: 557)

De esta forma, “lo documental y lo literario se integran perfectamente en el relato de viajes” y forman una suerte de “miscelánea”, aunque “con el itinerario del yo como firme hilo conductor o aglutinador de experiencias” (Llosa Sanz 2005: 557). La importancia de estudiarlo radica en su carácter dominante de entre los géneros que desde España se cultivaron con Guinea como foco de interés:

Casi todos los textos en prosa de tema guineano publicados en la posguerra, excepto los más especializados y los pocos ejemplos de narrativa de ficción, pertenecen al subgénero de la literatura de viajes en un sentido amplio, según se ha desarrollado recientemente en los estudios coloniales y postcoloniales. (Alás-Brun 2007: 286)

3. Cinco libros de viaje para descubrir la Guinea Española

Basados en experiencias autobiográficas, los libros de viaje pueden tener un grado de ficcionalidad bajo (diarios de viaje), medio (viajes novelados) o más elevado (recreación de viajes imaginarios). Aunque en el corpus de este trabajo hay ejemplos de los tres casos, todos los libros analizados se inspiran, con mayores o menores ensanches literarios, en viajes reales que sus autores realizaron a la colonia.

Fragmentos de un diario de viajes de exploración en la zona de Corisco (Manuel Iradier, 1878) es propiamente el primer libro de viaje a la Guinea Española. Anteriormente se habían publicado memorias sobre la colonia, pero carentes de tensión narrativa (como *Memorias sobre las islas africanas de España*, de José de Moros

y Morellón et al., 1844; o *Memoria de la isla de Fernando Póo*, de Jerónimo Usera y Alarcón, 1848). Y con posterioridad, salió a la luz la que, según Tofiño Quesada, es “considerada de forma unánime por la escasa crítica que la ha citado [...] como la primera novela colonial sobre las posesiones españolas en el golfo de Guinea”: *Aventuras de un piloto en el Golfo de Guinea*, firmada con el pseudónimo de Donacuige (2013).

La obra de Donacuige, tras la que, de acuerdo con la hipótesis que presenta Tofiño, podría esconderse el nombre del doctor Antonio Quesada, tiene relevancia más allá de lo anecdótico:

[...] su autor incluye algunos tropos que después se convertirán en moneda corriente en otras obras literarias sobre la España tropical: el discurso hispanotropicalista, que pretende demostrar la innata vocación colonizadora de los españoles frente a otros tipos de colonización que se consideran perversos. (2013: 280)

El libro de Iradier, “un explorador español que resultó fundamental para defender los intereses de España en el África ecuatorial en el último cuarto del siglo XIX y comienzos del siguiente” (Quijano Junquera 2021: 96) recoge su primera expedición a la Guinea continental (diciembre 1874 - enero 1876), donde recorre la Bahía de Corisco y la costa adyacente, por la que asciende hasta Cabo San Juan y desciende hasta Punta Butica, en el estuario del Muni. También se adentra en algunos ríos continentales: Nãño, Muni y Bañe. Consta de dos partes. La primera es un diario en que registra cronológicamente las expediciones, vivencias y encuentros más significativos. La segunda es una suerte de memoria en que compila en tono científico conclusiones geográficas e históricas y algunas reflexiones a las que llega a su regreso.

En el país de los bubis (José Más Laglera, 1919) es, según recoge Mengue citando a Ramón Trujillo, la obra del “primer verdadero novelista colonial”, que “refleja la magia y el salvajismo, el paternalismo, las cacerías y descripciones que le convierten en un modelo seguido por otros autores de su época” (2014: 37). Es a la vez un libro de viaje y de recuerdos que plasma las vivencias, impresiones y relatos reunidos por el autor tras su estancia en Fernando Póo durante siete años. Se divide en tres partes. La primera, *De Cádiz a Fernando Póo*, es una crónica de la travesía en barco de su primera expedición. La segunda, *Bajo el cielo tropical*, es una colección de estampas fragmentarias con descripciones de lugares, personas, momentos y recuerdos. Y la tercera, *Fantías africanas*, contiene seis relatos cortos que acarician la ficción y se inspiran en vivencias personales o en narraciones orales de sus amigos en la colonia.

Viaje vida y costumbres de Fernando Póo (Joaquín Rodríguez Barrera, 1931) es el libro que mejor representa la mentalidad colonial española del siglo XX, cargada de paternalismo y supremacía sobre el negro. Es a la vez una novela de viajes, un manual didáctico y un texto de propaganda colonial. Su protagonista, el nativo Tomás Mobbe, es ficticio y un mero pretexto para que el autor recree un viaje a la Guinea Española con el propósito de instruir al lector sobre la idiosincrasia de la vida colonial. La historia, aun canalizada en un personaje imaginario, se inspira en los viajes reales que el autor emprendió a la isla. El relato intercala la narración con fragmentos de tono científico que informan sobre diversos aspectos de la colonia. Se compone de tres partes: la travesía desde Barcelona hasta Fernando Póo, análoga a la de Más Laglera; la expedición que el protagonista realiza a través de la isla para conocer su tierra; y una exposición de costumbres nativas que a juicio del autor deben ser erradicadas.

En el país de los pámuos (Emilio Guinea, 1947) contiene en primera persona la expedición que el botánico Emilio Guinea llevó a cabo por la Guinea continental entre junio y septiembre de 1945 para “incrementar el conocimiento de la colonia” (Guinea 1947: 21) y “estudiar la vegetación espontánea de la zona” (Guinea 1947: 129). A excepción del primer capítulo, de tono científico, la obra es un diario de aventuras que narra cronológicamente y de forma trepidante las fases y hallazgos de la expedición.

Pese a estar imbuido de la mentalidad colonial, es, junto con Iradier, el autor que con más interés y deferencia se acerca al nativo. No obstante, en palabras de Alás-Brun, “a pesar de la simpatía que dice profesar ante los africanos colonizados [...], no olvida su misión. Es consciente de ser un agente del Imperio [...] que trabaja [...] para colaborar en la explotación más eficaz de las riquezas naturales de la colonia” (2007: 291).

La selva humillada (Bartolomé Soler, 1951), fue una de las obras “más leídas sobre Guinea Ecuatorial” en la época y “ofrece una fecunda exploración de los motivos y prácticas del colonialismo español” (Mengue 2014: 3). Es “un texto narrativo híbrido, a caballo entre la literatura de viajes y la novela de aventuras con elementos autobiográficos” (Alás-Brun 2007: 292) y relata en primera persona el periplo del autor por la Guinea continental a través de tres expediciones: una por el río Eñaño, otra por la isla de Corisco y una última a través de las selvas interiores. La afluencia de acontecimientos es escasa y abundan monólogos interiores que convierten la obra en un ejercicio introspectivo:

Como ocurre a menudo en las novelas y cuentos de (Joseph) Conrad, el viaje al interior de la selva (de Soler) es en realidad de carácter íntimo, más que un mero desplazamiento geográfico: resulta ser un periplo al

interior de uno mismo, en busca del autoconocimiento, que empieza como un viaje peligroso en busca del Otro y del ansia de desentrañar el “misterio” de la selva. (Alás-Brun 2007: 293)

Los temas más recurrentes son la superioridad del blanco sobre el negro y la selva en sí, con toda su fuerza, que se convierte un personaje más del libro. Su estructura es abierta, sin división por capítulos.

4. Ciencia, entretenimiento y propaganda colonial: el porqué de los libros de viaje

Los libros de viaje a la Guinea Española responden a tres motivaciones principales: científica, recreativa y moralizante, si bien no siempre el propósito de la publicación coincide con el del viaje en que se inspira.

Persiguen objetivos científicos las obras *Fragments de un diario*, de Manuel Iradier, y *En el país de los pamues*, del botánico Emilio Guinea. Manuel Iradier califica su expedición de “pequeño paseo científico” (1878: 82) emprendido “con objeto de ver si la costa occidental de África, frente a nuestras posesiones del golfo de Guinea, presenta un punto accesible para el interior” (3) y para recoger “noticias sobre el clima, las producciones y tribus del interior” (54). La relevancia histórica de esta primera travesía de Iradier la pone de manifiesto Quijano Junquera:

Gracias a su iniciativa individual, su minuciosa preparación en una organización juvenil, que él mismo fundó, y el impulso que los resultados de su primer viaje supuso para una incipiente Sociedad Geográfica de Madrid, una España convulsionada por conflictos internos y que todavía luchaba por mantener los últimos vestigios de su otrora vasto imperio colonial logró [...] el reconocimiento internacional de lo que luego se llamaría Río Muni, la parte continental de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea. (Quijano Junquera 2021: 91)

Guinea (1947), por su parte, manifiesta que su viaje es un encargo de la Dirección General de Marruecos y Colonias para “incrementar el conocimiento de la colonia” (21) y “estudiar la vegetación espontánea de la zona con miras a su aprovechamiento” (129). Sin embargo, niega que su libro persiga finalidades prácticas y le atribuye un sentido más trascendental, el de “recoger [...] las horas vividas en el bosque” (17) para comprender espiritualmente la selva virgen. Es consciente, además, de que su obra pertenece a “una época que se extingue”, la

de la visión colonial explotadora, y de que es por ello “uno de tantos adioses en el punto final al gran capítulo que abrieron los primeros viajeros animados por el espíritu del descubrimiento” (16).

El propósito recreativo corresponde a las obras escritas para el simple deleite del autor y de los lectores metropolitanos, como es el caso de *En el país de los bubis* (Más Laglera) y de *La selva humillada* (Soler). El primero aspira a reflejar su niñez y su adolescencia en un “libro de recuerdos” que contenga “la tristeza y el dolor de lo vivido” (Más Laglera 1919: 7). Sus viajes a Guinea, que comenzaron cuando contaba doce años, estuvieron motivados por el elemento económico: “No se trataba de un viaje de estudio ni de *sport*. Iba para colocarme en una factoría, con el ansia de ganar unas pesetas que se necesitaban en casa de mi madre” (Más Laglera 1919: 7) Esta finalidad coincide con el contexto histórico de su estancia, entre el final del siglo XIX y la primera década del XX, cuando empezó la dominación efectiva del territorio basada en la explotación comercial de los recursos. Soler también busca compartir con el lector sus impresiones sobre el paisaje y la población nativa de Guinea, a las que da rienda suelta mediante reflexiones de corte filosófico y un tono introspectivo.

Viaje vida y costumbres de Fernando Póo tiene una intención moralizante, utilitaria y didáctica que Rodríguez Barrera desvela en el prólogo: “Dar al futuro colono aquel caudal de conocimientos imprescindible para que al encontrarse ante la realidad de una explotación agrícola de Fernando Póo no se sienta extraño y sepa amoldarse a sus exigencias” y contribuir “al progreso de nuestra colonización en el continente africano” (1931: 8). A través del viaje de un protagonista ficticio, Tomás Mobbe, el autor construye una suerte de decálogo de conductas del buen colono y del buen indígena, estas últimas cargadas de paternalismo.

Junto a estas motivaciones principales, las cinco obras comparten una legitimación del sistema colonial español y una exaltación de sus virtudes, más apasionada en algunos autores (Rodríguez Barrera, Guinea o Soler) y más implícita en otros (Iradier o Más Laglera), como se verá más adelante. Este mensaje se agudiza en general en toda la literatura de viajes posterior a la guerra civil española, cuando “el gobierno de Franco trata de fomentar el orgullo patriótico de los españoles con una campaña de promoción de los intereses coloniales del país en África” (Alás-Brun 2007: 286).

5. Los robinsones desterrados: la autorrepresentación del escritor viajero

A excepción del libro de Rodríguez Barrera, el resto son narraciones autobiográficas en primera persona donde los autores exponen una autopercepción de su *yo* viajero y proyectan una imagen del escritor colonial en Guinea y, por extensión, del español desplazado a la colonia. Esa imagen, que Más Laglera concreta en la metáfora del “robinson desterrado” (1919: 97), tiene rasgos análogos en Iradier, Más Laglera, Guinea y Soler y se caracteriza por la conciencia del destierro, la intrepidez y el temor a la enfermedad y a la muerte.

La conciencia del destierro es un sentir común a todos los autores coloniales y se basa en la nostalgia de España y en el sentimiento de soledad. Esto prueba que, frente a lo que sostenía el discurso oficial colonial, ningún español consideró nunca Guinea parte de su hogar nacional, sino un territorio inhóspito y exótico, como lo describía el geógrafo Abelardo de Unzueta y Yuste:

Estos territorios (han sido) hasta hace bien pocos años una misteriosa colonia, sólo conocida por un pequeño grupo de gentes, mientras la mayoría sólo sabían de ella como foco de fiebres malignas, fruto de leyenda. (1944: 7)

Manuel Iradier “se convierte [...] en un Robinson que acude pertrechado a su isla desierta, y nos ofrece de esta peculiar manera su retrato de explorador afanoso y preciso” (Llosa Sanz 2005: 568). En medio de un ataque febril, reflexiona sobre este papel y se ve como un “pobre viajero errante [...] entre tribus desconocidas, en comarcas insalubres, solo, solo, sin medios y sin esperanza de auxilio” (Iradier 1951: 28). A Más Laglera, tan pronto como desembarca en Fernando Póo, le embarga la desolación y se refugia en la melancolía: “Los recuerdos de mi patria surgen ante mí con toda su fuerza. Lo enigmático me rodea. Solo ante el cielo y el mar, me faltan fuerzas, me siento débil, enfermo, cobarde” (1919: 76). Guinea, aunque se confiesa afortunado por conocer la colonia, una tierra “muchas veces soñada” (1947: 37), tampoco es inmune a la conciencia nostálgica y solitaria del destierro:

Me sentí tan hundido en el bosque virgen, tan dislocado de mis costumbres de hombre urbano que sentí como un apremio inaplazable de que pasase aquella pesada broma de mi viaje al trópico y [...] se me reintegrase a mis costumbres habituales. (1947: 69)

Lo mismo le sucede a Bartolomé Soler cuando arrecian las dificultades del viaje: “Jamás, desde ninguna lejanía, sufrí tan hondamente este venturoso afán de mis paredes y mi tierra” (1951: 178). En otro momento, una penosa expedición en selva lo induce a verse abandonado a su suerte:

Creo en mi soledad por vez primera. Ajeno a sus devociones, ignorante hasta el sonrojo de lo que es un arma [...], me imagino solo, absolutamente solo, como si, obedeciendo a un entrañable y viejo anhelo, acudiese a una cita con la selva. (1951: 124)

Otro atributo del ‘robinson’ presente en todos los autores es la intrepidez, entendida como una actitud de valor y determinación ante las adversidades. Tan robinsoniana actitud se percibe bien en Iradier, que asume los peligros como parte de su elevada misión: “Viajando por África es poco común encontrar caminos llenos de flores; lo probable es que se hallen erizados de dificultades y peligros” (1878: 34). En otro pasaje, el temor a la tempestad y la noche le sume en una zozobra que vence con valor y firmeza:

Noche de luchas morales. La idea del deber en pugna con la imaginación impresionada. ¿Qué debo hacer? ¿Avanzo o retrocedo? En este momento, [...] oigo a mi gente cantar temblando triste plegaria [...], y este canto siniestro devuelve el vigor a mi espíritu y exclamo: ¡Aurrerá! Mañana entre los antropófagos. (1878: 37)

Más Laglera también se percibe como un viajero valeroso desde su primer desplazamiento a Guinea, efectuado a sus doce años, cuando se jacta de ser “un hombrecito que viajaba solo y tenía bríos para luchar con el clima africano” y para enfrentar “los peligros de unas tierras enfermizas y solitarias” (1919: 22). Emilio Guinea muestra igual arrojo ante las dificultades:

(El bosque) aparece como atrincherado tras una muralla de obstáculos, pero tal muralla puede ser perforada con tenacidad y esfuerzo y una vez salvado el obstáculo, si se tiene verdadero interés, se triunfa. (1947: 61)

Ese estoicismo lo lleva a verse reflejado en Iradier, figura que admira y a quien evoca mientras transita el Cabo San Juan, lugar recorrido por el vitoriano y recogido en su diario.

Soler sabe asimismo sobreponerse a los trances con facilidad: “Tras la crisis, siento como si el vigor y el optimismo y el ansia de vivir me nacieran otra

vez” (1951: 22), e incluso idealiza su audacia y se equipara veladamente a Stanley y a héroes románticos como Lohengrin, el personaje de la ópera de Wagner: “A solas con mi equilibrio sobre la afilada proa de mi galera bastarda, me veo como un Lohengrin descarrado, sin clase que me guíe ni Elsa que redimir” (1951: 82).

El miedo a la enfermedad y a la muerte es otra constante de los autores coloniales al encontrarse en tierras tropicales. Iradier sufre unas fiebres que lo dejan “sólo con los huesos y sin pelo” (1878: 22). Más Laglera presencia la muerte de varios colonos y se reconoce por primera vez con temor a morir: “Parece que ha caído sobre los blancos una maldición [...]. El más leve dolor de cabeza pone un anillo de angustia sobre mi corazón” (1919: 45). A Guinea, en ocasiones, le parece que “el peligro de perder la salud es demasiado alto” (1947: 39), y para Soler “la sed y el sudor son los más sostenidos de los tormentos, y el paludismo es la amenaza de todos los minutos” (1951: 11).

Soler es, de todos los autores aquí manejados, el que cultiva una imagen más megalómana de sí mismo, sustentada en la supremacía racial que se atribuye como hombre blanco y que en el fondo es reflejo de inseguridad.³ Siente una necesidad más acentuada que los demás escritores por definirse como el héroe blanco frente al ‘otro’ indígena, que desprecia intensamente.

6. Explotación y evangelización: la empresa colonial a través de los libros de viaje

Los libros de viaje son una fuente de gran valor para conocer el sistema colonial español, pues revelan información sobre sus dos cimientos: el proyecto sobre el terreno y la mentalidad metropolitana. Todos los autores del corpus participan de la legitimación del proceso colonizador y pueden considerarse representantes del pensamiento oficial. Algunos ensalzan ese proceso con entusiasmo digno de mejor causa (Rodríguez Barrera y Soler) y otros lo avalan de forma más mesurada (Iradier, Más Laglera y Guinea), pero todos lo asumen.

³ Esta actitud se hace potente en un pasaje donde su bote encalla pocos metros antes de llegar a la orilla y, aun tentado a salvar esa distancia a nado, rechaza la idea para no horadar la superior consideración que los nativos tienen de él: “Creo que ni por un momento debo perder la airosa gallardía con que me han visto empujado en la proa, y debo, en cambio, evitar el bochorno de una voltereta en el agua que les destruya su creencia en mi invulnerable altivez” (Soler 1951: 82).

Hay dos autores, Iradier y Guinea, cuya expedición tiene por objeto contribuir a la consolidación de la colonia. El caso de Iradier es el más paradigmático porque su viaje redundó en el reconocimiento de la soberanía española en el golfo de Guinea, que antes de su llegada era solo testimonial:

¿Cuáles eran los territorios que España tenía en el África ecuatorial en el momento en que Iradier partió hacia Guinea? Aquellos que había recibido de Portugal en virtud del Tratado del Pardo de 1778 [...]. Comprendían las islas de Annobón y Fernando Poo y en la parte continental el arco comprendido entre la desembocadura del río Níger, en la actual Nigeria, hasta la desembocadura del río Ogoué, en el actual Gabón [...]. Sin embargo, España solo era capaz de ejercer una soberanía efectiva sobre las dos islas anteriores y las tres islas que se encuentran en la desembocadura del río Muni: Corisco, Elobey Grande y Elobey Chico. (Quijano Junquera 2021: 97)

Pese a ello, Iradier y Guinea no son los que más páginas dedican a elogiar el proyecto colonial, aunque coinciden con los demás en enaltecer la labor ‘civilizadora’ de las autoridades y el clero. Así, Iradier celebra que un nativo educado con los jesuitas haya adquirido los conocimientos “necesarios para sobresalir entre la informe masa de los salvajes de su país” (Iradier 1878: 11). Guinea, por su parte, dice que “no son suficientes todos los elogios para ponderar la gran labor” que “el Gobierno español y los padres misioneros [...] están llevando a cabo en favor de las razas aborígenes” (1947: 100). No obstante, son también los dos únicos autores que se permiten leves críticas: Iradier lamenta que la “desidia” (1878: 50) española haya impedido extender la colonia por una mayor superficie, y Guinea reprueba de forma velada la prohibición de los matrimonios mixtos: “La legislación se afana penosamente en mantener erigida la endeble barrera que separa las razas” (1947: 48).

Más Laglera apenas se pronuncia de modo directo sobre el sistema colonial, más allá de alabar la obra educativa de las misiones. Sin embargo, *En el país de los bubis* es un perfecto reflejo de la vida colonial en Guinea a principios del siglo XX. Por un lado, revela que la población española allí afincada, clérigos y militares aparte, perseguía fines económicos y se ocupaba de factorías (centros de comercio) y plantaciones. Es una vida que Más Laglera caracteriza como tranquila y monótona, sin alicientes más allá de la lucha contra “la crueldad del clima” (1919: 90) o los bichos, que “salen por todas partes y amargan la existencia” (1919: 91):

Poco a poco me había acostumbrado a la vida tranquila de la isla, sin otra emoción que la producida por la llegada del buque español [...]. Pasábamos los días en la tienda. Cerrábamos a las diez o las once de la noche, y entonces, lleno nuestro espíritu de nostálgicos recuerdos, recorríamos las calles del pueblo [...] y volvíamos a casa para entregarnos al descanso. (1919: 138)

Para paliar el tedio, Más Laglera se jacta de haber instalado el primer servicio de venta de libros en Santa Isabel, con *El jugador* y *Las noches blancas*, de Dostoiewski, como las primeras obras vendidas en la historia de la ciudad, según su relato. Otros retazos de la vida colonial que plasma incluyen la ausencia casi total de mujeres blancas en la isla, la frágil salud de los colonos y el *apartheid* oficioso que existía entre blancos y negros. Una prueba de ello son las fiestas, donde “negras y negros danzan por las calles al son del bombo” mientras “los blancos beben y brindan por España” en la galería del Gobierno civil (Más Laglera 1919: 144). Del mismo modo, el libro confirma que las relaciones entre blancos y negros eran de subordinación jefe-siervo. Sin ir más lejos, Más Laglera dispone de un criado negro del que dice que por las noches, “como un perro”, vigila “noblemente” su sueño “recostado sobre la puerta de la alcoba” (1919: 106).

Viaje vida y costumbres de Fernando Póo, de Rodríguez Barrera, es la perfecta representación del discurso colonial español y una obra propagandística del proyecto de España en Guinea. El libro presenta una lucha entre civilización, encarnada por los blancos y por los nativos occidentalizados, y barbarie, personificada en los nativos que se resisten a la influencia europea.

El sentido de la distinción entre civilización y barbarie que se muestra aquí surge durante la colonización española de América, como explican Marco Urdapilleta-Muñoz y Herminio Núñez-Villavicencio:

La antítesis entre civilización y barbarie se ha repetido desde la Antigüedad, aunque formulada en términos distintos [...]. Luego de la debacle del Imperio Romano, la Europa medieval junto con Binzancio heredaron el concepto grecolatino de ‘barbarie’, adaptándolo a las nuevas circunstancias. Así, al término ‘bárbaro’ no se le atribuye tanto un significado cultural y de comportamiento como religioso. Se equipararon [...] los conceptos de ‘bárbaro’ y ‘pagano’. No obstante, este último mantiene las características de ferocidad, brutalidad y deslealtad que habían sido asignadas al bárbaro. Y es esta comprensión de la alteridad la que llega a América. (Urdapilleta-Muñoz y Núñez-Villavicencio 2014: 31)

Volviendo a la obra de Rodríguez Barrera, Tomás Mobbe, el protagonista ficticio del viaje, reúne todas las virtudes del ‘buen indígena’ a ojos de las autoridades: educado en España, sumiso a los colonos y aborrecedor de las tradiciones de su pueblo. La pugna entre civilización y barbarie se ejemplifica poniendo en contraste a las familias nativas que han abrazado el catolicismo frente a quienes lo rechazan. Así, se dice de las primeras que “viven decentemente y trabajando cómodamente [...], no como sus paisanos los desgraciados infieles” (Rodríguez 1931: 75). El libro mitifica la labor evangelizadora de los misioneros, que se eleva a factor legitimador de la empresa colonial. Se dice de ellos que “van a Guinea con la única ambición de convertir a los salvajes al catolicismo y así ganar la gloria del cielo” (1931: 13).

Tomás Mobbe se dedica a pontificar entre los suyos sobre “las ventajas del progreso, de nuestra civilización”, que ve garante de “un mayor bienestar” (Rodríguez 1931: 136). Las conferencias que da a los suyos durante su viaje por la isla fomentan la imitación del estilo de vida y costumbres del blanco, a quien atribuye la abundancia y la paz de su tierra:

Gracias a la dominación española, [...] nuestro país vive en paz, pues en tiempos anteriores las guerras eran continuas debido a nuestro espíritu belicoso que nos llevaba a la pelea para vengar una ofensa [...] e incluso por el gusto de guerrear. (Rodríguez 1931: 141)

La narración alcanza el extremo del paternalismo hacia el nativo en el capítulo titulado *Venus negra para hombre negro*, donde el autor proscribía el mestizaje. Además de ofrecer su visión sobre la empresa colonial, el libro contiene retazos sobre la vida de los colonos. Coincide con Más Laglera en que “la vida del europeo se desarrolla en los cargos burocráticos de una parte, y de otra en la vida agrícola y comercial” (Rodríguez 1931: 62). También en línea con él, recoge la monótona vida de los españoles que residen en Guinea, cuyas diversiones se limitaban a “un par de cines que funcionan en días señalados, algunos bares, bailes, campo de fútbol, tenis. etc.” (1931: 64).

Bartolomé Soler es el autor que se muestra más descarnado y directo en la reivindicación de los aspectos más negativos del sistema colonial. Se vanagloria, por ejemplo, de explotar para su beneficio a la población negra inspirándose en la dinámica colonial:

Puedo valerme de su miseria y su codicia para explotárselas, pagándole, si puedo, en calderilla lo que valga oro. Identificado ya con los sistemas

coloniales—acreditados allá donde se hallen un *colonizable* y un *colonizador*—, no he de vacilar en valerme de su inferioridad y su ignorancia para esquilmarle. (1951: 50)

Por otra parte, elogia la labor misional en los mismos términos que los restantes autores, y la describe como la “mano evangélica y castellana que iza la cruz y agoniza madurando el alma negra para que llegue a entender” (1951: 55).

7. Sometidos y segregados: los nativos bajo el yugo colonial

Los libros de viaje a la Guinea Española permiten descubrir la imagen que tenía del nativo la mentalidad oficial colonial, de la que los cinco autores son representantes, así como el estatus y trato que allí recibía. Refiriéndose en especial a Bartolomé Soler, a Emilio Guinea y a Juan Bravo Carbonel, un autor no incluido en este corpus pero con notables semejanzas a los anteriores, Alás-Brun describe así la imagen que proyectan del nativo:

Estas representaciones confluyen en una serie de tópicos recurrentes que forman en su conjunto “el Otro tropical”, [...] una representación arquetípica de los sujetos coloniales africanos de raza negra [...]. Esa representación reúne características que Marianna Torgovnik ha asociado con los tropos occidentales sobre el “hombre primitivo”, como el infantilismo, la irracionalidad, la lujuria no reprimida y la propensión a la violencia, entre otras. (Alás Brun 2007: 286)

Los cinco escritores del corpus comparten una visión supremacista de la población autóctona, mitigada solo cuando están europeizados o son acomodados, con lo que su percepción es a la vez racista y elitista. La conciencia de superioridad se acentúa especialmente en Soler y Rodríguez Barrera, es ambivalente en Más Laglera y más atenuada en Iradier y Guinea. Todos, en cualquier caso, entablan con los nativos relaciones de tipo jefe-blanco y siervo-negro. El único elogio en el que todos coinciden es el de resaltar su fuerza física.

Iradier y Guinea muestran un interés científico, antropológico y cultural por conocer y comprender a los nativos y son quienes les dispensan un trato más humano. Ambos los analizan con curiosidad, conviven con ellos y, aunque no los consideran iguales, llegan a mirarlos con admiración. Iradier a menudo se dirige a ellos en su lengua: “Al verme, se detienen por un momento y los saludo *Ami pamue; vfulane-áááá- amfuló*” (Iradier 1878: 38). También se esfuerza por entender y justificar algunas de sus costumbres, como el fetichismo. Dentro

de la dinámica jefe-siervo que opera con sus acompañantes negros, tanto él como Guinea les dan cierta voz y someten a consulta grupal algunas decisiones. Iradier exhibe cierta identificación con los nativos de su cuadrilla, a los que llama “mis gentes”, hasta el punto de que cuando uno es atacado por una tribu rival, se lanza a defender su vida. También salvaguarda su dignidad cuando en un poblado se refieren a ellos como esclavos: “Esta gente que traigo no son esclavos, sino servidores que me ayudan por un salario, estando libres para marcharse cuando quieran” (Iradier 1878: 38). Sin embargo, no escapa de la visión dominativa y explotadora de la época: “Es preciso [...] no tolerar nunca la más pequeña falta sin aplicarles, triste es decirlo, un severísimo castigo” (Iradier 1878: 87).

Guinea confiesa que el negro le inspira “simpatía, curiosidad y admiración” (1951: 133). Le atribuye un alma “laberíntica como un bosque”, pero una mentalidad que “no pasa de los conceptos elementales” (133). Pese al paternalismo, elogia su destreza para orientarse en la selva, que a su juicio “vale por toda la cultura del blanco”, y su “sólida complexión, maciza y elástica” (133). En algunos momentos trata de proyectar una imagen más moderna y aperturista, pero acaba delatándose como supremacista. Ocurre cuando para criticar la prohibición de los matrimonios mixtos, ensalza a la mujer negra afirmando que su “rudeza primitiva y negra resulta grata a la viril delicadeza del hombre blanco civilizado y refinado” (48). El contraste rudeza/delicadeza y primitivismo/civilización prueba que su psicología sigue basada en la inferioridad de la población negra.

Más Laglera revela información sobre el trato de sumisión y servidumbre que la colonia dispensaba a los nativos y el *apartheid* oficioso que regía. Durante una excursión, desembarca de un cayuco a hombros de un remero negro y, una vez en la arena, sus compatriotas blancos y él comen en distinta mesa a la de los nativos. Al visitar la misión claretiana de Banapá, cuenta que los niños bubis se quitan las boinas a su paso, con respeto casi reverencial. Y en Santa Isabel, durante una fiesta, anota que “los grupos (de negros) se abren respetuosamente para dejar paso al hombre blanco” (1919: 152). El maltrato físico a los trabajadores negros aparece también normalizado. Aunque no lo practica, asiste impasible a una “lluvia de bofetones y patadas” (1919: 167) que un capataz propina a un empleado sospechoso de robo.

En cuanto a su visión personal del nativo, el respeto con que los mira es proporcional a su nivel sociocultural o a su cercanía a los blancos. De los fernandinos, la aristocracia negra de Santa Isabel, admira su “ejemplar tolerancia” y su fe (Más Laglera 1919: 95). Durante una fiesta, baila y trata con galantería a una de ellos, y a otra la describe casi mitificada: “El tipo africano se ha afilado,

se ha espiritualizado en esta mujer”, en cuyos ojos ve palpitar “toda la lujuria de la flora tropical” (105). En cambio, de los bubis, la etnia originaria de Fernando Póo, dice que tienen “todas las señales de la imbecilidad retratadas en el rostro” (96). A los braceros, la mano de obra de la colonia, los describe con “espaldas de gigantes, pechos hercúleos y brazos de líneas viriles”, que relaciona con la sangre “de las razas primitivas” (21). Para mayor denigración, refiere que despiden un hedor a “carne de negros; penetrante y molesto en sumo grado” (32).

Pero sin duda, quienes manifiestan una opinión más descarnada y humillante sobre los nativos son Rodríguez Barrera y Bartolomé Soler. El primero escenifica, como Más Laglera, la diferencia entre los negros fernandinos y los autóctonos: “[Los fernandinos] habían logrado [...] disponibilidad económica suficiente para darse vida de europeo” (Rodríguez 1931: 56). Respecto a la desigualdad entre blancos y negros, describe cómo en el sistema colonial los españoles se reservaban los empleos de más exigencia, mientras el “personal indígena” se encargaba de los que no precisaban “el esfuerzo intelectual o responsabilidad, que es la forma de trabajo característica de europeo” (1931: 62). De los braceros tiene una percepción tan degradante como la de Más Laglera, pero alcanza su postura más extrema cuando denuncia el mestizaje entre blancos y negros:

(Nos referimos a los) inconvenientes y trastornos que produce con frecuencia la mezcolanza de las razas blancas y negra, hija de un impulso sexual irreflexivo con grave detrimento de la pureza y perfección que debe existir siempre en la obra de la naturaleza. (Rodríguez 1931: 152)

Soler (1951), por su parte, es sumamente despiadado en sus menciones a los nativos, cuya inferioridad reafirma a cada ocasión. A modo de muestrario, algunas de las expresiones que emplea para aludirlos son: “cinturón de carne negra” (86), “humanidad de hollín y de cochambre” (22), “ejemplares conservados en alquitrán” (18), “piara de cerditos que corren sobre dos patas” (94), “residuos de la caverna” (18), “humanidad irracional y troglodita” (29). Si bien el menosprecio es la tónica común entre los autores coloniales, en él hay un retroceso tanto por su radicalismo como por el nulo esfuerzo que muestra en conocerlos. Este desinterés se refleja en varios momentos, como cuando corta una conversación con el rey benga Santiago Uganda por mera desgana: “Ni escucho lo que el traductor entiende que no debo ignorar. Le corto, incluso, con un ademán breve y tajante” (1951: 117).

Su incompreensión de los nativos, lejos de espolearle la curiosidad, le causa una frustración que vuelca sobre ellos. Ocurre, por ejemplo, cuando el idioma de los remeros que conducen su cayuco le hace sentirse abrumado:

Me veo como entre una dotación de alienados, y sospecho que mi superioridad racial la desdennan esos cuatro ejemplares conservados en alquitrán [...]. El miedo de hace unos minutos se me convierte [...] en un afán de agredir, de azotar, de revolverme contra estos residuos de la caverna, sobre cuyas espaldas me parece ver aún la huella del látigo de los antiguos negreros. (1951: 18)

Soler también va un paso más allá en la consideración de la esclavitud. Mientras el resto de autores manejados la rechazan sin paliativos, él se permite trivializarla: “Sólo el ansia imitativa los acerca exteriormente al hombre, para que al menor rasguño salga otra vez su querencia a la esclavitud” (1951: 105). Lo único que les concede, como los demás escritores coloniales, es la virtud de la fuerza física: “Sus brazos me recuerdan la dureza y el brillo de las astas negras, y cada tórax me anuncia el triunfo físico de esta raza desventurada y miserable” (1951: 18).

8. La selva guineana: una *femme fatale* para los autores coloniales

La naturaleza, y en especial la selva, están presentes en todos los libros de viaje a la colonia. Cobra un papel protagonista en Guinea, que “muestra desde el principio su fascinación por la naturaleza” (Alás-Brun 2007: 290) y en Más Laglera, y más accesorio en Iradier, Rodríguez Barrera y Soler. Los cinco coinciden en retratarla como una suerte de *femme fatale*, manantial de belleza hipnótica y de peligros que los deslumbra e intimida al mismo tiempo.

Se confiesan cautivados por la frondosidad de sus bosques y por la luz y el color que desprenden. Para Más Laglera, el verdor que inunda el paisaje es “una fiesta para los ojos enamorados de la luz” (1919: 73). Al llegar a Fernando Póo, le sobrecoge la “fertilidad prodigiosa” de una vegetación que “canta un himno de fuerza y de vida” y revela la “impetuosa lujuria de la naturaleza tropical” (1919: 76). Rodríguez Barrera también señala “la exuberante vegetación en que los árboles gigantes al juntar sus majestuosas copas cierran completamente el paso a los rayos solares” 1931: 102, y para Guinea la selva “encierra en una unidad magnífica todos los valores estéticos que el hombre ha llegado a discernir, y es como una infinita matriz o cantera del arte eterno” (1947: 78). También repara, como Más Laglera, en la fuerza del color verde, cuyos matices

“convierten en un mosaico abigarrado aquella colosal masa de follaje” (Guinea 1947: 42). Para Soler, el verde “estalla con una violencia metálica” y convierte el entorno en un “mundo de color de menta y de alfalfa” (1951: 7) dentro de una “exuberancia que grita su riqueza, su abundancia y su vitalidad” (1951: 8).

Sus descripciones también ensalzan el sol. Para Más Laglera, “hace palpitar la vida en un exceso prodigioso” (1919: 90), pero también causa un calor tan penetrante que aletarga el ritmo de la ciudad: “Se introduce en las casas un vaho cálido que enerva a sus habitantes como una fuerte dosis de opio” (1919: 166). Para Guinea, el sol también infunde vida y esplendor al paisaje:

Los contraluces dan unos esmeraldas y amarillos maravillosos, y por las laderas cubiertas del bosque se desparrama la luz del fuego del sol, con un murmullo sordo de vida pletórica que deja un olor acre, intenso y excitante. (1947: 45)

Una particularidad de Guinea, tal vez por su condición de botánico, son los alegatos que hace en favor de la preservación y la integridad de la naturaleza frente a la intervención humana. Articula un discurso que se anticipa a las reivindicaciones ecologistas que surgirán mucho después y que contradice la filosofía colonial, basada en la explotación de los recursos naturales: “La selva virgen es un complejo vital, espontáneo y ajeno al hombre que este está destruyendo para beneficiar su materia prima” (1947: 17), y donde han sido “taladas a capricho grandes superficies sin que se tuviera en cuenta lo que podía resultar de aquello” (1947: 25).

Los cinco autores también se sienten amedrentados por la inmensidad de la selva cuando cae la noche o acechan tempestades y peligros. Iradier, el más valeroso, tiende a desafiarlos. Entre otros atrevimientos, atraviesa un camino poblado de leopardos, sigue las huellas de un elefante y participa en la caza de un búfalo. Sin embargo, una tormenta tropical consigue alterarle el ánimo:

El bosque, que me parece por momentos incendiado, se presta a todos los delirios de la imaginación exaltada: mi cuerpo postrado por el cansancio: el *rru, rru, rroi* triste del *damán*, indicando al merodeador nocturno de las selvas. (1878: 37)

A Más Laglera le inquieta la noche en la selva, que a la luz de la luna se convierte en un paraje misterioso y espeluznante: “La isla empezó a tomar un aspecto fantástico. Los árboles y las puntas de tierra [...] parecían brazos inverosímiles y torsos de gigantes: algo alucinador, de ensueño y de pesadilla” (1919:

117). Rodríguez Barrera relata un paseo nocturno en términos similares: “Tomás veía en las sombras de las palmeras, plataneras, cacao y demás árboles tropicales, fantasmas que le salían al paso burlándose de sus quimeras y ensueños” (1931: 160). Dormir bajo la oscuridad de la selva impresiona hondamente a Guinea, para quien “la entraña negra de la noche en la selva cobija con su hondura todos los gritos de los animales y todos los ruidos alarmantes” (1947: 60). Y Soler, tan vanidoso durante gran parte del libro, se reconoce empujado frente ante la exuberante vegetación: “Me abrumba tanta grandeza. Creo que soy una hormiga que camina al azar, un enano pretendiendo escalar alturas que sólo pertenecen al viento y a las águilas” (1951: 155).

9. Conclusiones: los libros de viaje, una puerta a la literatura hispanoafriicana y un espejo de la colonización española en Guinea

Este trabajo ofrece un punto de partida para investigar y entender la mentalidad metropolitana española durante la colonización de Guinea Ecuatorial, que condicionó e influyó las primeras producciones de la literatura guineoecuatorial. No en vano, los primeros autores de esta narrativa, entre los que se encuentran Leoncio Evita Enoy o Daniel Jones Mathama, escribieron bajo el influjo colonial del momento. Conocer el pensamiento de la metrópoli, reflejado con fidelidad en los libros de viaje, permite comprender las motivaciones, temas e inquietudes de los primeros escritores guineanos.

Los libros de viaje a la Guinea Española revelan una realidad colonial contradictoria con el discurso oficial de la época, que insistía en la españolidad del territorio (elevado a autonomía en 1964 para mitigar el afán independentista) y en la integración del elemento nativo. Por el contrario, las obras aquí manejadas presentan la colonia como un paraje inhóspito y exótico objeto de explotación económica, de investigación científica o de deleite aventurero en el que los españoles adolecen de una profunda nostalgia por su país y tienen plena conciencia de encontrarse fuera de su hogar nacional. Además, dan cuenta de un régimen oficioso de segregación racial donde el nativo queda relegado a súbdito del blanco y a permanecer bajo su tutela. Mientras tanto, el español ocupa los cargos burocráticos y maneja la producción agrícola, el comercio y, en el caso del clero, la evangelización de los nativos.

Los escritores de libros de viaje asumen unánimemente la lógica colonial de la *civilización* contra la *barbarie*: blancos, autoridades y misiones católicas frente a los aborígenes que se resisten a la aculturación occidental. Todos los autores miran al autóctono con paternalismo y con un muestrario de prejuicios

que solo se repliega ante los nativos europeizados. Por lo general, sus descripciones los retratan animalizados, como bestias de carga con la única virtud de la fuerza física. Pese a lo que pueda parecer, la visión supremacista de los escritores coloniales no cede con el avance de los años. Al contrario, se aprecia mayor tolerancia en Manuel Iradier que en algunos de los últimos autores que viajaron a la colonia, y en particular en Bartolomé Soler, que supone el mayor retroceso en la aceptación del elemento indígena. Esto no implica que no hubiera autores capaces de desembarazarse del racismo colonial, pero fueron minoría y no trabajaron la literatura de viajes. Se puede destacar al etnólogo Íñigo de Aranzadi y Cuervas-Mons, que se integró en la cultura fang e hizo numerosas publicaciones sobre sus costumbres y su tradición oral.

Además de la empresa colonial y el elemento aborígen, los dos grandes temas de los autores de viaje a la Guinea Española son la propia expedición, que narran de forma autobiográfica, y la naturaleza, condensada en la impresión que les provoca la selva. Al relatar su expedición, los escritores proyectan una autorrepresentación de su rol de viajeros en la que se perciben a sí mismos como ‘robinsones desterrados’, es decir, como trotamundos caracterizados por la conciencia del destierro (nostalgia de su tierra y sentimiento de soledad), por la intrepidez (valor y determinación ante las adversidades) y por el temor a la enfermedad y a la muerte. La selva virgen guineana cobra algún protagonismo en todos los libros de viaje y es para los autores un espacio de fascinación e intimidación al mismo tiempo, de belleza exuberante y de peligros.

La literatura de viajes, por último, proporciona algunas claves para entender el olvido que Guinea Ecuatorial ha sufrido en el imaginario colectivo español. Tanto los autores como los colonos que aparecen retratados desprenden un alejamiento espiritual del territorio, una incompreensión de los nativos y una visión utilitaria del proyecto colonial, dado que abandonan una única perspectiva, la del colonizador, en lugar de la pluralidad y riqueza de la realidad cultural del territorio, lo que tal vez explique la pronta ruptura sentimental entre los dos países. Ruptura que comenzó con la independencia y que, triste es decirlo, persiste hasta hoy.

Bibliografía:

Obras analizadas:

Guinea, Emilio, 1947. *En el País de los Pamues*. Madrid: Inst. de Estudios Africanos.

Iradier-Bulfy, Manuel, 1878. *Fragmentos de un diario de viajes de exploración en la zona de Corisco*. Madrid: Impr. de Fortanet.

- Más Laglera, José, 1919. *En el País de los Bubi. Escenas de la vida en Fernando Póo*. Madrid: Sanz Calleja Editores.
- Rodríguez Barrera, José, 1931. *Viaje, vida y costumbres de Fernando Póo*. Barcelona: Vila, Aleu & Domingo.
- Soler, Bartolomé, 1951. *La selva humillada*. Barcelona: Ediciones G. P.

Bibliografía teórica:

- Alás-Brun, Montserrat, 2007. “Tras los pasos de Conrad: la literatura de viajes sobre Guinea Ecuatorial en la narrativa española de posguerra”, en: *Rilce, Revista de Filología Hispánica*, 23(2)/2007, 285-298.
- Arroyo Calderón, Patricia/Miampika, Landry-Wilfrid, 2010. *De Guinea Ecuatorial a las literaturas hispanoafricanas*. Madrid: Editorial Verbum.
- Bolekia Boleká, Justo, 2020. “Panorama de la literatura en español en Guinea Ecuatorial”, en:
https://cvc.cervantes.es/lengua/anuario/anuario_05/bolekia/p01.htm
[05.07.2022].
- Campoy-Cubillo, Adolfo/Sampedro Vizcaya, Benita, 2019. “Entering the Global Hispanophone: An Introduction”, en: *Journal of Spanish Cultural Studies*, 20(1-2)/2019, 1-16.
- Castro Antolín, Mariano De/Ndongo-Bidyongo, Donato/Martínez Carreras, José Urbano, 1998. *España en Guinea*. Madrid: Sequitur.
- Llosa Sanz, Álvaro, 2005. “Los viajes y trabajos de Manuel Iradier en África: género e hibridismo textual en el relato de viajes del siglo XIX”, en: *Revista de Literatura*, LXVII/2005, 557-584.
- Mengue, Clarence, 2014. *El contexto colonial y poscolonial en la narrativa hispano-guineana*. Universidad de Alcalá. Departamento de Filología, Comunicación y Documentación, en:
<https://ebuah.uah.es/dspace/handle/10017/22582> [14.11.2022].
- Ndongo-Bidyogo, Donato, 2020. “Escribo para comunicar (entrevista)”, en:
<http://www.afrocubaweb.com/antonioromero/boletin afrohispana11-2009.pdf> [05.07.2022].
- Ngom, Mbaré, 1993. “La literatura africana de expresión castellana: la creación literaria en Guinea Ecuatorial”, en: *Hispania*, 76(3)/1993, 410-418.
- Odartey-Wellington, Dotothy, 2014. “Equatorial Guinea is different: literatura colonial de Guinea Española en África Occidental”, en: *Revista Iberoamericana*, LXXX/2014, 763-776.
- Quijano Junquera, Carlos, 2021. “El explorador Manuel de Iradier y la conquista del Muni”, en: *Revista Digital Guerra Colonial*, 8/2021, 95-120.

- Sánchez Molina, Raúl, 2002. “*Homo infantilis*: asimilación y segregación en la política colonial española en Guinea Ecuatorial”, en: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LVII(2)/2002, 105-120.
- Tofiño Quesada, Iñaki, 2013. “Donacuiçe, la literatura como excusa”, in: *Revista de Filología Románica*, 30/2013, 273-283.
- Unzueta y Yuste, Abelardo De, 1944. *Guinea continental española*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Urdapilleta-Muñoz, Marco/Núñez-Villavicencio, Herminio, 2014. “Civilización y barbarie. Ideas acerca de la identidad latinoamericana”, en: *La Colmena*, 82/2014, 31-40.